

Andrés Berlanga



Pólvora Mojada



Andrés Berlanga nace en 1941 en Labros (Guadalajara). Periodista y, desde 1967, profesor en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, trabajó cinco años en un periódico nacional y, más tarde, en una agencia de noticias, donde se ocupa primordialmente de temas culturales y educativos. En 1967 publicó «Barruntos», un libro de relatos.

«Pólvora mojada» es su primera novela. Clasificada en tercer lugar en la edición del premio Eugenio Nadal de 1970, supone una revelación sobre muchos aspectos inéditos o mal conocidos del actual conflicto universitario, desde la perspectiva de un grupo radical que realiza una acción explosiva. Aunque el relato se centra en Madrid, refleja fielmente el mundo estudiantil de nuestro país, con el uso de un mismo vocabulario, similar temperatura de agitación político-social y análoga y general crisis; crisis en la que, catalizados por la juvenil actitud contestataria y el ansia de un mundo mejor, alternan lucidez y confusión, la ilusionada esperanza con la impotencia acusadora. El estilo, directo, esquemático, voluntariamente despoetizado, sarcástico algunas veces, sirve eficazmente a la recreación de este mosaico efervescente y sobrecogedor que nos subyuga por su gran autenticidad.

© Andrés Berlanga
© Ediciones Destino
Consejo de Ciento, 425. Barcelona – 9
Primera edición: setiembre 1972
Depósito legal: B. 40.726 – 1972
Impreso por Imprenta Clarasó, S. A.
Villarroel, 15-17. Barcelona – 11
Impreso en España. Printed in Spain

Martes

Sobre los chafarrinones blancos del muro enfoscado Güili escribe «fuera polici» hasta que se reseca la esponjilla del kanfort rojo. Antes de entrar en la Facultad se vuelve para remirar, como un pintor, la pared sobre la que se confunden sus letras de palotes con las viejas negras y churretosas, malamente tapadas con los restregones municipales de cal.

Unos que suben del bar le gritan que si lo sabe. Llega al cuartocho (delegación el curso pasado) cuando aún no huele a goma de pegar, ni a tintas de colores para los murales, ni a colillas de rubio. Pedro Luis le golpea el hombro por delante y le vuelve a retar.

—¿A que no sabes a quién han trincado?

Güili aparta una pila de hojas listas para el ciclostil y así poder sentarse en el banco de puntas sin remachar. Está, quizás, ansioso por enterarse, pero disimula ante el juego-teo satisfecho de Pedro Luis, el Batallitas.

—Date por rajado y toma nota, macho: han pescado al delegado de cuarto cuando bajaba del autobús. Habrá que hacer algo, ¿no?

El Batallitas se sienta en la esquina de la mesa, con un pie en el suelo y el otro balanceado.

—Si cedemos estamos perdidos. Hay que armarla o nos desloman. ¿Te queda un negro, Güili?

Los dos saben que quien decide en el grupo es Paco. En la pensión contestan que se marchó a primera hora. Güili cuelga y deja un duro, tintineante, en la caja de zapatos, bajo el teléfono donde han escrito «Aquí pela, cala, rubia, piastra, calandria, leandra, rupia, chucha, castaña, peseta...». Cuando llega Paco con Lorenzo, el Batallitas se sienta en el banco. Paco saca unos folios sobados.

—Echa el cerrojo.

La pelusilla del mentón parece a contraluz una nube flotante. Los veintiún años de Paco son más en el corpachón

rematado en manazas encallecidas; y son menos, son apenas ocho años de niño tímido, en su voz tartaja cuando se acalora.

—¡Y caiga quien caiga! Si esos taraos del sindicato siguen con sus vo votaciones, sus asambleas y sus chorradas, allá ellos. No hay más solución que la lu lucha.

El Batallitas pensó lo que tantas veces había escrito en los panfletos. «No existen escalones intermedios entre la universidad tradicional y la popular, y para llegar a ésta hay que destruir la otra.»

—Propongo unos comandos de acción bien céntricos y estructurados, conciencudamente —aventuró Güili.

Paco hizo rebotar las tijeras del puñetazo en el hule descolorido.

—¡Ni co comandos ni leches: gue guerra total! Nos lo han puesto a huevo; ahora es el momento de conseguir el cierre de una vez pa para si siempre.

Con el silencio llegaron los latigazos pacíficos y monótonos del regadero mecánico en el campus. Lorenzo, el Rácano, se escurrió un poco más en la silla, voluptuosamente. Pedro Luis se removió.

—¡Se dice pronto, macho!

—¿Hay algo imposible para un FAT?

—¿Tienes planes?

—El sábado.

—Pero volar ¿el qué?

—El pabellón de gobierno, el viernes.

Güili se rehízo.

—Se nota que no has oteado los alrededores.

Intentaron abrir la puerta y al taco desde dentro siguió otro desde fuera, con el anuncio de que empezaba una asamblea de facultad.

—En los comedores, a las tres. Llevaos ideas. De ésta no pa pasa. Tiene que ser algo definitivo, un golpe de gracia: cargarnos al rector y a dos o tres de sus mangantes. Con conseguiremos el cierre antes del sábado. Ese día el país sa sabrá quién es el FAT.

—¿Presentamos una adecuada moción a la Asamblea?

—Guillermo —le dijo al Güili—, tú estás majara. Secreto total o éstos nos soplan el plan. Y a los del sindicato, menos que a nadie.

Guillermo se achantaba a pesar de los pesares, de ser hijo de quien era, porque la voz cantante la llevaba el rabioso, el paleta («el satánico», decía su patrona, Joaquina), cerebro volcánico de Paco. Pedro Luis ni chicha ni limoná; era mafioso, boceras y metomentodo, poco más. Loren, abúlico a rachas, según soprase el corazón y el ánimo, ni sombra de la lagartija entusiasta capaz de comerse el mundo que Paco conoció en el instituto, cuando el rabioso, el paleta, el volcánico Paco era por fuera una hermanita de la caridad.

Loren, el Rácano susurró con deje que el Batallitas ni lo olió:

—¿No crees que nuestra lucha se inscribe en el marco de las luchas populares dirigidas por la clase trabajadora?

El Batallitas, sin dos dedos de sesera, no pasaba de ser un vaina, chisgarabís, con mucha fachada que se descascarillaba nada más rascar. Aunque no sudaba el quilo por la causa —más que Loren desde luego— todos sabían que conseguía lo que se proponía. Mantenía en vilo a cualquiera con unas historias enhebradas con hilo de seda. Y cuando le faltaba un detalle o le fallaba la memoria, Pedro Luis seguía mintiendo, sin echarse atrás, sin dar su brazo a torcer como buen madrileño. Entre los pegotes que se tiraba había destellos de certeza o al menos verosímiles y así podía hacerse escuchar casi siempre.

Si la mente del Batallitas daba poco de sí, sin los reflejos de Loren el Rácano, ni la costumbre civilizada de Güili, ni la viveza e intuición de Paco, su capacidad para adaptarse a cualquier aire, como un camaleón, su machaconería hasta deglutir cualquier idea indigesta para su mollera, se podían comparar con su habilidad para relacionarse y para trabajar con las manos, a pesar de ser más fortachón que Paco. Se contaba del Batallitas que su libro de calificación escolar tenía más raspaduras invisibles que una operada de matriz. Sabía falsificar un carné con puntillosidad de monja.

Cara o no, Pedro Luis culebreaba para meterse por cualquier rendija, y lo conseguía. «¡Anda tu menguili; para el Cachas todos son amigos», solía contestar a quienes se extrañaban de sus relaciones, lo mismo con un director general que con uno de Comisiones, con uno del Ministerio, que con la pipera. «No es por fardar, pero lo que no logre uno del foro, macho...» Vendía su palabra al diablo, chaqueteaba, era un tierno corderito cuando escuchaba a quien le podía hacer un favor. Entonces barnizaba de rosa su vocabulario, retorciéndolo, pescando palabras chocantes.

Pedro Luis Bravo Larramendi, el Batallitas, el Cachas, podía haber entrado en el grupo por tener una experiencia más, por presumir el día de pasado mañana. Pero en Güili, ni Paco ni Loren lograban tocar fondo. De no haberle conocido desde que no les dejaban entrar a las no toleradas para menores, podría pensarse incluso que era una cuña soplona. Se esforzaba por cumplir pero siempre había un último retrainimiento, un poso de desagrado en ese muchacho ancho de espaldas, bajo y fofete al que de toda la vida le repugnaba lo brusco, nada se diga de la violencia. «Querrá que su padre se entere de lo que vale un peine», apostilló una vez Pedro Luis cuando salió la conversación. Su padre viviría su vida de ex, al acecho de nueva oportunidad, retirado para atender solamente los diversos consejos de administración, desentendido de las andanzas de Güili. En todo caso, se preguntaría por qué usaba menos los trajes de chaqueta cruzada y mucho más esos jerseys modernos con el cuello subido como si tuviese anginas.

Güili era la caja fuerte, el paganini. También el transportista, con su utilitario. Podía haber sido dandy pero por su estatura retaca le colgaban las piernas en todos los taburetes, su aire rechoncho no le acompañaba por más que se acicalase y fuera «don Guillermo» una vez cada veinte días, o menos, para los muchachos de blusón —verde una semana y amarillo otra— que le cuidaban, redondeaban, cortaban a navaja, lavaban con champú de huevo, masajeban, secaban con secador, atusaban y marcaban su cabello liso y lustroso.

El bien hablado Güili —te prevengo, no te percatas, advierte bien en esta tesitura, hagamos la oportuna distinción, mente, mente, mente...— desentonaba. Desde luego podía ser el niño lavado con Nenuco que un día decide mearse fuera de la taza y al rato se arrepiente; el bienmimado que pintarrajearía de frases el palacio de Correos y luego lloraría. «¿Qué querrá cambiar éste?», se preguntaba Loren, intuyendo que si últimamente se había hecho uña y carne de ellos sus motivos habría, no sería sin qué ni por qué.

—Cógelo, Pedro Luis.

—¿Qué hay? (). Oye, si no te importa, llama dentro de un rato, que no ha llegado aún la de actividades culturales. Sí, ella lleva lo de las invitaciones. (). No sé, porque esto parece una casa de... eso.

—Sé fino, aprende de Güili, se dice una casa de don Lincinio.

—(). Sí, creo que el recital es el sábado a las siete, aquí o en el paraninfo, pero no te preocupes, en serio que no te lo pierdes. Te lo juro.

Sin colgar marcó el uno, esperó línea y mientras giraba los siete números en el disco, comenzó:

—Alguna fan histérica del burgués ese medio marica. ¿Oye? ¿Delegación de Políticas? ¿Cómo está el ambiente?

El esmirriado Loren se imaginó a los cuatro con el teléfono cinco años después: Pedro Luis, el Cachas, el que decía «mai diar» cada dos por tres, sería secretario general en un sindicato o administrador de los taxis de su tío a golpe de telefonar con el trasero del bolígrafo para chulear —«jo macho, el dedo se desgasta»—. Paco le serpentearía menos la venilla por la derecha de la frente y hablaría ya con naturalidad al aparato, sin gritar. Güili tendría tres o cuatro grises o verdedoncella ordenaditos por la mesa del despacho y se pondría el micrófono bajo la barbilla. Lorenzo, ¿Lorenzo?, no tendría necesidad de teléfono; estaría solo, perdidamente solo, roto el viejo y tibio noviazgo que arrastra con Laura, preguntándose si Chón (el ascua que aviva), si Chón (mi poesía), si Chón (la soñada) se acordaría aún de él, ¿oíste? Dentro de cinco años Loren quizás tendría que

agarrarse también por una vez al teléfono —esa barquichuela escorada, negra, hundida, quilla arriba—, empuñarlo aferrado como su tía Carmen poco antes de pasar lo que pasó, cuando se sentía tan sola, «tan sola me siento, Lorenzo, que llamo a la hora para oír una voz humana». «Al oír la última señal serán...»

¿Y diez años después? Paco dando clases, mordisqueándose las uñas. Pedro Luis el don del barrio, todavía el Juanito verbenas, caprichito de las nenas, Loren vegetando, escribiendo poesías al minuto, zarandeado de velador a velador de algún café ya museo; retorciendo frases hechas, o regando manzanos, intentando injertos. Güili, como antes, esperando que le abran la puerta para bajar; esperando que un pelota de fácil reverencia le guillotinese el habano. Adiós, Guillermito, adiós Güili, ya don Guillermo para toda la vida, con su raya a la derecha sacada a tiralíneas.

O a lo peor —solía decirlo Loren— el camino, esta encrucijada en la que se habían encontrado (Paco, Loren y Güili desde hace tiempo, Pedro Luis últimamente), les llevaba de la mano en amor y compañía, argolla con argolla, hasta un pudridero, pared con pared de celda, si les salía treinta años y un día a cada uno. O, como ya se temió la primera vez que hablaron del petardazo, les freían con una ensalada de tiros, caían con las botas de los héroes puestas ese ansiado, temido, desvelador día D, viernes, mayo.

Cuando bajaban hacia la asamblea, antes de abrir la puerta del aula abarrotada, Pedro Luis se paró como quien encuentra la fórmula-rayito-de-luz de un problema de química.

—No doy abasto, Loren —sujetó al Rácano—, y si eso de las luchas populares lo decías por los de Comisiones, te juro que no he tenido ni tiempo para leer el último boletín. Es duro esto ¿no crees?

—Durísimo, Pedro Luis, durísimo.

—Y aún dicen...

—Si dicen que dizan, no fuéndolo.

La mesa se desgañitaba para hacerse oír sin el micrófono. Seiscientos o setecientos golpeaban acompasadamente Madrid con París, Madrid con París.

—Aquí huele a chotuno, ¿nos largamos? (sugirió el Battallitas).

No contestaron ni se movieron. Llovieron unas octavillas de letra menuda.

—Son del PeCé.

Al acabar los gritos votaron algo a mano alzada. En el pizarrón algún habituado había escrito con letra como de letraset.

- Análisis crítico de la situación
- Estrategia estudiantil
- Propuestas

La mesa recontaba votos afanosamente, a ojo de buen cubero. «¡Aprobado por mayoría!» Más gritos y abucheos. El que parecía presidir concedió la palabra a un orador de frases manuscritas.

—La experiencia de los últimos meses ha demostrado que la coordinación tiene que estar en función de las iniciativas y del trabajo de base. (Buscó en el papel.) Hay que concienciar la base desde los más amplios niveles, cámaras o asambleas de curso, plataformas, todo antes de que la universidad siga sirviendo para formar los mejores y más serviles lacayos para la explotación de nuestro pueblo.

El final y el que el orador se sentara arrancó más aplausos.

Mientras, borraron lo del pizarrón y escribieron «por el frente obrero», «por la destrucción de la estructura capitalista», «Universidad y no libertad son incompatibles». Uno de bigotazos, con las puntas juntándosele por debajo, se separó de la mesa y desde el centro ensartó con soltura unas frases que a los de los primeros cursos sonaron a nuevas.

—Nuestra Universidad es como merecemos porque su gran mal somos los propios universitarios. Si los universita-

rios luchásemos de *verdad* (remachó) por lo que vemos que es justo ¿qué duda cabe que la Universidad sería diferente? Pero hoy era burocrática y jerárquica —decía—, en la que se han institucionalizado todos los métodos de pasividad y dependencia a la vez que tratan de lavarnos el cerebro con una enseñanza que a nada responde, sino a los intereses de esa minoría dominante que ocupa los centros de decisión del país.

»Para que nuestra Universidad no sea una fábrica de técnicos de explotación seguiremos con más fuerza y con más razones que nunca tras nuestro objetivo: la Universidad popular surgida de la lucha revolucionaria.

Eché mano de una cuartilla de estadísticas para ver que de los que acudían a esta Universidad no popular, «por ser recinto de la clase dominante e instrumento a su servicio», solamente el cero coma cuarenta y seis por ciento eran hijos de obrero sin cualificar.

—Pero incluso los pocos hijos de obreros y campesinos que acuden a la Universidad por medio de unas becas exiguas están condicionados en su comportamiento; y así, siendo ellos los más llamados a la protesta en nombre de sus hermanos de clase que no pueden asistir a la Universidad, se olvidan de su procedencia para integrarse en un nuevo estamento social que les convierte en cómodos burgheses.

«¡Tú qué sabes, señorito!», gritó Paco y uno, anónimo, le apoyó imponiéndose al cuchicheo: «Menos hablar y menos criticar. Haz algo. Y si no haces, aguántate. Hablar lo sabemos hacer todos porque no cuesta trabajo. Muchos de nuestros catedráticos en sus tertulias privadas se llaman demócratas, socialistas, progresistas, radicales de izquierdas o cualquier otro calificativo *in*, mientras son unos déspotas con sus alumnos y chupan de la bicoca como consejeros de empresas supercapitalistas. Nuestras autoridades académicas presumen de estar de acuerdo con las “justas inquietudes de la juventud” cuando en realidad no son más que perrillos falderos de su amo. Pero nosotros no debemos na-

da a nadie y estamos contra la hipocresía, la corrupción y la pasividad».

—¡Propongo declarar al rector persona no grata!

El empollón de Derecho se sintió en el deber de aclarar que «en nuestro país no existe esa figura jurídica». Se iban imponiendo los de más pulmones.

—¡La farsa de los capitalistas con sus medidas más humillantes y recrudescidas...!

—¡¡Cuécelas, no te las comas!!

Creció el jaleo por zonas, con gritos y contragritos. Paco se conomía: «Escuchad toda esa diarrea mental».

—¡Expulsemos de una vez para siempre a la policía!

—¡Incorporémonos al proceso democrático con la elevación del nivel reivindicativo!

—¡Obreros y estudiantes!

Quien presidía manoteaba hacia abajo pidiendo silencio.

—Antes de pasar al tema de ruegos, preguntas y propuestas quisiera una vez más hacer una llamada a la perspectiva global, unitaria y política en la que todos estamos comprometidos. Con carteles reaccionarios y disgregantes como los de esos señoritos de Defensa, nuestra tarea seguirá condicionada por las actuales estructuras en contradicción con los intereses del pueblo. Debemos pasar a votación una propuesta mía para que se decida si vamos a permitir que esos reaccionarios se opongan a nuestra lucha por una estructura autónoma y democrática. Que levanten la ma...

—Venga, Güili, saca tu voz de trueno.

Güili se subió al asiento para sobresalir un poco y de espaldas a la mesa, a la que señalaba, voceó:

—Son tan carcas como los de Defensa, fijaos bien. Podéis seguir recontando votos y leyendo hojitas de solidaridad, mientras otros experimentan en su carne el zarpazo de la oligarquía dominante. (Respiró expectante.) ¿Acaso no os dice nada el hecho consumado de que el delegado de cuarto haya sido detenido esta mañana? La lucha está en la calle, la oficina, aquí.

Se alborotaron. A los sones primeros de «eficacia, sí; burocracia, no» siguieron los de «fuera policía», con el palmo-teo de siempre. Desfilaron hacia la salida con el cántico archisabido que parecía rancio hasta a los de primero: «No nos moverán, no nos moverán; igual que al río junto a la ribera, no nos moverán».

Cuando la pira de periódicos empezaba a consumirse a la puerta, llegaron los jeeps. A los tres primeros les habían colocado rejillas metálicas delante de los cristales. Por detrás, las lonas se entreabrieron para vomitar cinco guardias cada uno: nerviosos mientras se ajustaban el casco y daban una vuelta en la muñeca a la correa que sujetaba la porra. Cuando el ronco busi o botijo tomó la curva no quedaba nadie para poderse estrenar mojando —hoy en azulina— con las dos mangueras de la torreta delantera del aljibe gris.

Los que se echaron al montecillo distanciaron rápidamente a quienes les seguían, escurridizos en la hierba tierna con sus botazas de goma reglamentarias. El Batallitas, por la senda abajo, sentía aproximarse al que le dio el alto. Apretó los codos y sin volver la cabeza la cuesta le agrandó las zancadas sin querer. Se estrujó el costado cuando el flato le empezó a punzar, mientras el corazón quería salirsele en bocanadas ¡más aprisa, más aprisa! Las piernas que se le doblaban hubieran cedido para rodar por la frescura de la hojarasca tierna aún del rocío, para llenarse del aire tibio que ahora le ardía en el pecho, pero ¡más aprisa!, sentía otras pisadas cerca, unas pisadas que eran las suyas taco-neándole en el culo. Acompasó el respiro cada dos pasos —uno-dos, aspirar; uno-dos, espirar— como aconsejaba en el colegio el de educación física. Y al primer alivio siguió una sensación extraña de flotar, sin piernas, congestionado, empapado, seca la lengua como el esparto.

En el «palacio del hambre» el Batallitas, que se había medio dislocado una muñeca al escapar por el terraplén, confió ufano que «la vida de líder es muy dura».

—Tú te creías que todo el monte es orgasmo, como decía el fino (Loren).

—Si no llego a estar en forma...

—Corrías que te las pelabas.

—¡Toma, no! Pregúntale a uno que se ha caído delante de mí.

—Hoy han untado bien, pero que muy bien con el quita-manías.

—Tengo que enterarme de qué material están hechas.

—Desde luego hoy no; no te he visto muy decidido.

Paco sacó los planos del pabellón de gobierno que hacía meses había agenciado Pedro Luis. Los desarrugó sobre la mesa salpicada de agua y de granos de arroz pasados.

—El viernes a las doce se reúne la Junta de gobierno. Ésta es la sala de juntas. Por este balcón segundo hay que lanzar la castaña para que estalle en medio de la mesa o donde se coloquen los capitostes; hay que averiguarlo. El viernes por la tarde habremos conseguido el cierre de la U Universidad.

—¿Quién prepara el material?

Se volvieron hacia Pedro Luis. Paco le dijo «tú eres más mañoso que nadie». Loren apuntó que con un molotof no habría ni para quemar los cortinones.

—¿Y una casera?

—Es muy expuesto.

—En tus manos queda, Pedro Luis. ¿Tienes cacharros?

Al Batallitas le oprimía la nuca, con un alfilerazo agudo, punzante. Bomba, granada, molotof, casera, detonador, dinamita, pólvora, fulminante, mezcla, explosión.

—¿Tienes o no tienes?

—Luego miraré y esta tarde decidimos. Dejadme que por lo menos piense.

—Cuidado no se te calienten los cascos.

—Déjate de chuminadas, Loren.

Paco explicó con cierto aire peliculero.

—Loren y yo intentamos entrar por la puerta trasera para llamar la atención y mientras discutimos con los grises, Güili aprovecha para lanzarlo. Pedro Luis da el queo.

Güili se aflojó el nudo de la corbata que hoy sí se había puesto.

—Sabes que no es lo mío, indudablemente. No llego ni a quince metros con una piedra. Debes recapacitar, Paco, tú eres de pueblo y sabes tirar, y Pedro Luis es tan alto como tú.

—Cuidado, que nos miran esos del FES. Seguimos esta tarde en la pensión. Tú, Pedro Luis, dinos qué hará falta para el regalito.

Güili se excusó. El tufo de los comedores —del Palacio del Hambre—, de aquellas lentejas con arroz y chorizo se-bón y estadizo, le daban arcadas. Su «seiscientos» —rectificado, cilindros especiales, calcomaniado, franja amarilla, tapa del motor entreabierta— arrancó con reprís, al volante los guantes calados y sin dediles de Güili. Al Batallitas le dio rabia sentir envidia y se engañó pensando que lo más burgués de todo era que el cacharro no pasaba de ser el regalo del conocido político, hecho a su hijo único por haber aprobado el preu, en septiembre, por supuesto.

El camastro, la mesa de patas curvas, el armario sin luna, lo alto del armario, la silla de anea —desencolada—, la mesilla, el alféizar y dos rincones rezumaban papeles y librotos. La patrona le trajo una carta.

—Paco, hijo.

Se sabía la historia. Las mismas palabras o la llamada por respuesta.

—Del día diez no pasa, pa palabra; pero no se lo diga a mi padre. Cualquiera día de estos me pagan una clase, Joaquina.

La Joaquina se secó en el mandil las manos fregonas.

—No es eso; ya sabes que nunca he sido una cagaprisas, y contigo, menos.

Paco se sobresaltó de que su vieja paisana, tía lejana de Dios sabe qué familiar, de que su algo cegata y encorvada paisana no hablase del dinero.

—¿Han preguntado por mí?

La otra historia —la segunda y eterna canción de Joaquina, la tía lejana de todo el pueblo, la que puso la pensión el año de la República— empezaba de nuevo.